puesto, la importancia de este notabilísimo Museo, uno de los mejores del mundo, vuelvo á repetir.

Allí puede verse cuanto el hombre ha realizado en el divino arte de la pintura, consiguiendo transportar al lienzo la naturaleza entera, con sus valles, con sus mares, con sus cielos caprichosos, con su belleza y sus encantos. La pintura es, como ha dicho eminente crítico, "un lenguaje mudo" que todo lo descubre por medio de la mágica expresión de los colores.

De aquella época de gloria á la fecha, el arte ha decaído de una manera asombrosa: la escuela francesa, si escuela puede llamársele, es la que ahora parece prevalecer sobre todas sus hermanas; empero, nunca como aquellas que dieron vida y frescura á sus figuras y poder sublime á los lienzos.

Poco es lo que en México podemos hacer por el arte de Rafael. Sin embargo, no faltan maestros que inicien un renacimiento en nuestra pintura, y si algo pudiésemos lograr acerca de esto, sería para la gloria y el bien de nuestra México.

CAPÍTULO VIII.

EL ESCORIAL.

NO hay persona que viaje por España, y sobre todo cuando se encuentra en la Corte de aquella nación interesante, que deje de visitar el grandioso monumento considerado como una maravilla, tanto por el arte, que ha desplegado allí todo su ingenio y su poder, cuanto por lo que el soberbio monasterio encierra.

Tumba colosal de reyes, nido de recuerdos y de sensaciones sin cuento, en el que parece flotar por todas partes la sombra majestuosa de su regio fundador, muéstrase ante los ojos absortos del viajero, por cualquier parte que se le mire, imponente, solemne y grande.

Sus muros de piedra berroqueña y sus techos de pizarra le dan el aspecto de inmenso túmulo, de raro y gigantesco mausoleo.

Fué uno de los monumentos que primero visité en España, tanto por el interés que presenta, como por ser de los más cercanos á Madrid.

Dista unas tres horas de la capital. Salimos por el ferrocarril de Ávila, en un día triste y nebuloso de Diciembre. La estación se encuentra como á media hora escasa del monasterio y hay carruajes destinados á conducir á los viajeros hasta él.

Confieso que me hallaba presa de extraña inquietud: había soñado en no pocas ocasiones mirarme al frente de los ataudes de mármol que guardan las cenizas de los reyes de España, desde las del Emperador Carlos V hasta las del predecesor inmediato, en el trono, del actual soberano.

Allí estábamos frente al Escorial, frente á la mole semienvuelta en la espesa niebla que nos la ocultaba como vaporoso velo; allí frente á esa gran caja de piedra con sus torres, con sus ventanas á millares, con su cúpula descollando en medio de la fábrica, pretendiendo rasgar el denso velo, como si la niebla misma, como si la melancolía de la naturaleza contribuyeran en tan solemnes instantes á preparar nuestro ánimo á fin de que éste fuera depositario de jamás sentidas sensaciones.

El gigante de granito se alza enmedio de un terreno desigual y frío, en la ladera meridional del Guadarrama, que divide ambas Castillas.

Su planta, como es bien sabido, tiene la forma de una parrilla, por ser éste el objeto sobre el cual se martirizó á San Lorenzo, á quien el monumento se dedicó, y en memoria asimismo, de la batalla de San Quintín, ganada sobre los franceses [1] el mismo día en que se celebra al mártir diácono.

Felipe II, á quien su padre había dejado el encargo de erigirle su sepulcro, dió la encomienda de la obra al arquitecto Juan Bautista, de Toledo, el cual principió la fábrica el 23 de Abril de 1563, día en que se puso la primera piedra, siguiendo la construcción bajo su cuidado, hasta su muerte, acaecida el año 1567, en que pasó á cargo del célebre arquitecto Juan de Herrera, quien la prosiguió hasta su fin, lográndose colocar la última piedra en 13 de Septiembre de 1584.

Los períodos históricos de las naciones se encuentran en cierto modo definidos por la naturaleza de sus monumentos,

1 10 de Agosto de 1557.

por el estilo arquitectónico que éstos tienen impreso, por las evoluciones más ó menos considerables del arte, unas veces adquiriendo su más brillante desarrollo, otras iniciando su decadencia y muerte. La Edad Media, que levantó castillos feudales, construcciones ciclópeas y muros y torres de defensa, lo mismo que desarrolló, aunque en Italia no pudo enteramente lograrlo, el estilo ojival en claustros y catedrales espléndidas, preparó la venida al mundo artístico del estilo greco-romano que caracterizó á la época del Renacimiento. De tal estilo, en el cual los autores coetáneos tendían á imitar las bellezas artísticas de Grecia, uniéndolas con las exuberantes en adornos de Roma antigua, surgieron monumentos como la colosal Basílica de San Pedro, y cincuenta años más tarde el monasterio que nos ocupa.

Con todo y sus defectos capitales, con todo y ser un estilo que pronto se vió caduco y lleno de propagadores de mal gusto, en el Escorial aparece hermoso, grande, severo y propio de la majestad de tan admirable fábrica.

Empero es tiempo ya de que nos ocupemos con cierta detención en la visita al monasterio que tanto nos va á decir, en cuyas paredes tanto vamos á leer, en cuyo recinto aprenderemos algo de lo mucho que encierra su curiosa é interesante historia.

Nada ofrece, á la vista, de particular el exterior. Cuatro inmensas fachadas, llenas de innumerables puertas y ventanas, no precisamente colocadas enfrente de cada uno de los cuatro vientos cardinales, cierran todo el edificio, cuya principal entrada y por donde penetraremos á la fábrica, mira al Poniente.

La fachada de este rumbo, que mide unos 200 metros de longitud, con sus dos torres en ambas extremidades, ofrece una portada, en su centro, de dos cuerpos: el primero, que es dórico, consta de ocho columnas, cuatro á cada lado de la puerta, que es rectangular, completándose el orden con su correspondiente arquitrabe, friso y cornisa. Arriba de la puer-

ta y sobre una imposta que corre á lo largo de toda la fachada, podemos ver esculpidas dos parrillas que nos traen á la memoria el martirio de San Lorenzo, cuya estatua, colocada en elevado nicho, la miramos en el segundo cuerpo, sobre las armas reales de la monarquía, que asimismo se ostentan circuidas por el *Toisón* de oro. El citado cuerpo, más reducido que el anterior, pues sólo consta de cuatro columnas jónicas, termina por un frontón de piedra. Esta es la portada principal, existiendo en la fachada otras dos de menor importancia.

Penetremos ahora al monasterio.

¡Qué extraña impresión! Un patio inmenso, y en el fondo la gran fachada de un templo. Tal parece una catedral dentro de los muros de un palacio.

Estamos en el patio de los Reyes, llamado así por las estatuas de los monarcas bíblicos que en seguida citaré. El resto del patio, que nada nuevo nos presenta, lo abandonaremos para llevar nuestra vista á la portada del templo, que parece ocultarnos un no sé qué de extraordinario y de maravilloso.

El pórtico es dórico: tiene seis columnas y tres puertas arcadas, como principales, elevándose sobre este cuerpo otro con balconería, una gran ventana sobre el balcón central, y un frontis triangular. Sobre sendos pedestales de piedra, cuyo eje coincide respectivamente con el de cada una de las columnas, se hallan los seis reyes, también de piedra, mudos, fríos, obra de Juan Monnegro, y los cuales representan á Josafat, Ezequías, David, Salomón, Josías y Manasés, según las leyendas que en los pedestales míranse esculpidas.

Es fama que todos estos reyes y el San Lorenzo que acabamos de ver al exterior, fueron á parar á manos del artista, procedentes todos de un mismo trozo de piedra, y aun se dice que en la cantera existente todavía puede leerse este remedo de versos:

"Seis reyes y un santo
salieron de este canto,
y sobró para otro tanto."

Precede á toda la fachada de la iglesia, á manera de atrio, una amplia escalinata corrida hasta los dos muros laterales del patio; y para complemento, de uno y otro lado se levantan dos torres, cuyas airosas agujas rematan por cruces y veveletas.

Se cuenta que para los reyes de España, sólo dos ocasiones ábrese la puerta principal del templo: cuando aquellos asisten por primera vez como monarcas, y cuando ya cadáveres, son conducidos á su morada funeraria.

Impresionados nosotros ya con un cúmulo extraordinario de pensamientos vagos, ya con la vista de semejante mole de piedra, apartémonos del vasto patio en que nos encontramos para penetrar al templo; pero tenemos que hacerlo por una puerta que nos conduce primero á un claustro amplísimo que nos llevará hasta la antesacristía.

¡Qué gran templo! Solo, con la soledad imponente y respetuosa del Santuario, con sus altas bóvedas que al reflejar el sonido de nuestros pasos lo multiplica por todas partes dejándose escuchar un eco lúgubre que se pierde lento en los confines de la iglesia. Allí, en ella, los frailes jerónimos balbucían sus oraciones en el coro, Felipe II rezaba ante el ara del altar, y bajo su alta cúpula se han levantado catafalcos suntuosos para depositar en ellos, por el momento, las cenizas de los sucesores del Emperador de Alemania y Rey de las Españas.

¡Oh! ¡Qué de recuerdos surgen, qué de hechos, qué de figuras históricas desfilan bajo las bóvedas, unas grandes, otras pequeñas, unas inmortales coronadas por eterna fama, otras excecrables y cubiertas de ignominia perdurable!

Tres puntos principales, dignos de llamar nuestra atención, nos ofrece esta iglesia: su conjunto general, su altar mayor y su admirable coro.

Con la brevedad posible, tocaremos dichos tres puntos, á cual más interesante.

El orden dórico es el empleado por el arquitecto, en el interior del santuario, cuya planta es cuadrangular, y en la que

se distribuyen tres naves por cualquier parte que se mire el templo. Cuatro inmensos pilares sostienen la cúpula, y de éstos arrancan los arcos que reciben las otras bóvedas. Sírvele como de vestíbulo al templo una pequeña construcción, cuya planta es exactamente igual á la de la iglesia, y dícese que el arquitecto fabricó primeramente esta parte para servir de modelo á la obra del templo; solamente que los pequeños pilares del vestíbulo, el cual estaba reservado al pueblo, no sostienen cúpula, sino una magnífica bóveda plana de atrevida ejecución, y acerca de la que pronto hablaré al tratar del coro.

Se cuenta como una anécdota verídica que, al acabarse de cerrar la bóveda, el arquitecto, que lo era ya Don Juan de Herrera, mandó colocar bajo la clave una columna de madera, fingiendo sostenerse de esta suerte aquella bóveda. Invitado el Rey para ver la obra, celebró el conjunto, excepción hecha, como era natural, de la columna que tanto desvirtuaba la vista del vestíbulo; entonces, y para que el efecto que produjera la bóveda fuese completo, Herrera dió con el pié á la débil columna, que rodó por el suelo, dejando la bóveda libre y espaciosa, admirándola el Rey, como todos la admiran y contemplan hasta el día.

Una serie de muy pequeñas capillas corre de un lado y otro de las naves procesionales, perpendiculares al altar mayor. En una de estas capillas, la que se halla más próxima al altar, del lado del Evangelio, y si mal no recuerdo, se llama de San Juan, existe á la izquierda del observador el monumento sepulcral de la Reina Doña Mercedes, primera esposa de Don Alfonso XII. En el ángulo cercano á la tumba, se ve una pequeña puerta que comunica con el interior del palacio: por allí entraba á diario Don Alfonso, á oír la misa y á orar ante el sepulcro, durante el tiempo que pasó en el Escorial, á la muerte de su noble consorte.

Al coro podemos llegar por una especie de corredor, desde el cual se goza de la magnífica perspectiva del templo. La

sillería del coro, de finísimas y admirablemente bien talladas maderas, se extiende por el fondo y á los dos lados de éste, y se compone, como todas las sillerías de coros de esta especie, de dos cuerpos, sumamente sencillos.

Colocado el observador frente al fondo, descubre en el rincón de la izquierda una puerta. Por ella aparecía, cuando los frailes jerónimos estaban en el coro, la figura de Felipe II, y tomaba asiento en el sillón cercano á la puerta, que corresponde al fondo: allí, en ese lugar, se dice que el monarca recibió con fría impasibilidad la noticia de la victoria de Lepanto, ganada por su hermano bastardo Don Juan de Austria.

El coro carga el peso formidable de un gran facistol, cuyos libros no sé cuántas arrobas tienen. El pavimento lo forma la bóveda á que he hecho referencia al hablar del vestíbulo del templo; y cuando el visitante se sitúa en el centro de ella, con el esfuerzo del cuerpo puede hacerla cimbrar. Dos soberbios órganos, obra de Gil Flamenco y de sus hijos, se encuentran en medio de los muros de los lados, que decoran bien acabados cuadros de conocidos autores.

Al extremo opuesto por donde hemos visto el sillón de Felipe II, existe otra puerta, que nos conducirá al trascoro, que corresponde al segundo cuerpo que ya vimos en la fachada del templo, con balconería. Notable, bajo todos conceptos, es la visita á este lugar, donde existe, y en un pequeño altar provisional colocado frente al balcón principal, el celebérrimo Cristo hecho en mármol blanco y colocado en cruz de mármol negro de Carrara, por Benvenuto Cellini. En la parte inferior de la figura, y donde se asientan los pies, puede leerse-

BENVENUTUS ZELINUS
CIVIS FLORENTIANUS
FACIEBAT MDLXII.

Tan magna obra de arte se dice que fué obsequiada á Felipe II por el Duque de Toscana.

Preciso es ya, por haberse prolongado bastante esta reseña, que bajemos á visitar por último el altar mayor del templo, que con toda intención dejamos para el fin.

En la parte de la iglesia que puede considerarse como el ábside, y que en la planta constituye una porción del mango de la parrilla que dicha planta representa, se alza el altar mayor precedido de una docena de escalones que dan acceso á una vasta plataforma. El bronce dorado á fuego y los jaspes se han distribuído artísticamente y empleado á granel en este altar. Cuatro cuerpos lo forman, superponiéndose otros tantos órdenes de arquitectura, comenzando por el dórico, y concluyendo por el compuesto empleado tantas veces por los autores del Renacimiento. Los dos primeros cuerpos se corresponden exactamente, formando á cada uno seis columnas estriadas, coronadas por sus entablamentos respectivos; el tercer cuerpo, sólo consta de cuatro esbeltas columnas, y el cuarto de dos. Completan el decorado general quince estatuas de bronce dorado á fuego, representando á doctores insignes de la iglesia, á los evangelistas y apóstoles; más ocho cuadros originales con asuntos bíblicos, terminando el todo, y en el último cuerpo, con la figura de Cristo crucificado, á cuyos lados se encuentra la Virgen y San Juan, asimismo de bronce dorado á fuego.

Bajo sendas arcadas dóricas, que limitan la plataforma á diestra y siniestra del altar, se destacan dos grupos en bronce, á los cuales han llamado los *enterramientos reales*. En un cuerpo de poco más de tres metros de altura, se hallan practicadas, en cada lado, tres puertas que conducen respectivamente: las del evangelio al oratorio de infantes, y las de la epístola al oratorio real y á las piezas adonde murió Felipe II, y que visitaremos adelante. Sobre el cuerpo ó zócalo, levántanse para cada uno de los enterramientos dos columnas estriadas, dos pilastras á los lados de ellas dejando tres claros, rematando el todo por un cuerpo jónico; de dos columnas sosteniendo un frontón, apareciendo en el intercolumnio,

un escudo de armas que se ostenta en el pecho del águila bicéfala. Descansando sobre los primeros cuerpos, y en los intercolumnios de los segundos, están los dos grupos de figuras ya citadas, y que representan: el del lado del evangelio, al Emperador Carlos V, arrodillado, vuelto hacia el altar, armado y pendiente de sus hombros el manto imperial. Ante esta figura se ve un reclinatorio en el que se asienta un cojín con borlas, todo de bronce.

A la derecha se observa la figura de la Emperatriz Doña Isabel, madre de Felipe II, en la misma posición que el Emperador; detrás se ve á su hija Doña María, también con manto imperial, y seguidamente y á espaldas del monarca, á sus hermanas Doña Leonor y Doña María; las figuras todas aparecen en imponente actitud, y con las manos juntas como en oración.

A semejanza de este grupo, y en todo á él idéntico, podemos ver el del lado de la epístola: Felipe II, con manto real, luciendo al pecho el toisón, armado, de rodillas, vuelto hacia el altar y con las manos juntas, y ante su figura el reclinatorio y cojín; á su diestra la Reina Doña Ana, su cuarta y última esposa y madre de Felipe III; detrás la Reina Doña Isabel, su tercera consorte; á la derecha de ésta la Reina Doña María, Princesa de Portugal, su primera mujer y madre del célebre príncipe Don Carlos, y éste, finalmente, detrás de su madre. Las estatuas fueron hechas en una dimensión mayor que la natural, por el artista Pompeyo Leoni. Inscripciones latinas en ambas partes, que no transcribo por haberse hecho estas líneas demasiado extensas, sirven de epitafios á los enterramientos.

Las bóvedas del templo y algunos de sus muros están decorados primorosamente, y existen asimismo cuadros de no escaso mérito. Cuéntanse, por lo tanto, obras acabadas y originales de los pinceles de Ferrández, de Navarrete (el Mudo), de Luqueto, de Peregrino Tibaldi, de Juan de Urbina, de Velázquez y otros celebrados artistas.

Preciso es ya abandonar el templo, aun cuando mucho es lo que se queda en el tintero, y encaminarnos hacia los claustros para visitar el convento, la biblioteca, el palacio, y especialmente la parte que nos ofrece sin duda el más grande interés: los panteones reales; pero todos estos puntos serán materia de los capítulos siguientes.

CAPÍTULO IX.

EL ESCORIAL.

(Prosigue.)

HA podido ya el apreciable lector admirar el conjunto general del monasterio y extasiarse ante el aspecto imponente y grande que presenta el edificio con sus muros de piedra berroqueña y sus techos de pizarra, y juzgar asimismo del patio de los Reyes y de lo más culminante del santuario que encierra la gigante fábrica.

Con la misma brevedad visitaremos hoy, y hasta donde las dimensiones de estas líneas lo permitan, la parte más próxima á nuestra salida del templo para los claustros del convento, dejando para después el resto del Escorial.

Penetremos á la tumba donde descansan los reyes de España, al mausoleo que guarda las cenizas de los vástagos de las casas de Austria y de Borbón, á las cámaras mortuorias donde se abre el gran libro de la Historia para proclamar la majestad inmaculada de aquellos regios varones, ó señalarlos en el libro verde de las ignominias.

Delante de cada monumento podrá leerse toda una historia de gloria y de recuerdos victoriosos ó toda una época de miseria y delincuencia.